





CRIS MESTRE

CON
TIRSO
Y A LO
LOCO

Literup

LITERUP EDICIONES

© *Con tirsos y a lo loco*, Cristina Mestre, 2023.

© de la portada, Libertad Delgado, 2023.

© de la corrección, David Pierre & Meritxell Terrón, 2023

© de la maquetación, Scarlett de Pablo, 2023.

Lectores beta: Rep A. L., Carmen y Celia Añó, M^a
Pilar Vicente y Rubén Rodríguez Rísquez.

Primera edición: septiembre de 2023

© Literup Ediciones
www.literup.com

Depósito legal:

ISBN: 978-84-126332-3-8

Printed in Spain. Impreso en España.

Podiprint. Antequera - Málaga.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal.)

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

(ATENCIÓN: PUEDE CONTENER DATOS RELEVANTES DE LA TRAMA)

Crueldad o muerte animal; muerte o asesinato; pérdida de un ser querido; sangre, gore o lesiones; violencia, tiroteos o tortura (leve); secta (recurrente).

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible, visita
<https://www.literup.com/contenido-sensible> o escribe a
contacto@literup.com

Para todos los que somos como una piña
mágica: raros, pero extraordinarios.



A PISO BARATO NO LE MIRES LAS GOTERAS

El infierno existía, y estaba en idealista.com.

Iraia suspiró y se reclinó contra el respaldo metálico de la silla. No era especialmente cómoda ni el café que le acababan de servir, demasiado bueno, pero por sus narices que lo disfrutaría. Llevaba una mañana de locos, así que se había dejado seducir por los verdes arbolitos y la energía bucólica del Retiro. Ese había sido su error: pedirse una bebida en una de las muchas terrazas diseminadas por el parque sin darse cuenta de que le iban a clavar más que Van Helsing a Drácula.

Sacó el móvil y por un segundo tuvo la sensación de que la pantalla se le había roto de nuevo. Juró en arameo contra toda la corte celestial. Luego descubrió que solo tenía las gafas sucias. Las limpió, consciente de que cinco minutos después estarían de nuevo hasta arriba de roña, y volvió su

atención al dispositivo. La lucecita que parpadeaba en la esquina superior derecha le recordaba que había ignorado mensajes durante días. Si esa tarde encontraba fuerzas para ello, los contestaría todos. Palabrita.

Aunque le quedaba una hora antes de la siguiente cita, no tenía mucho tiempo de relax. El piso estaba al otro lado de Madrid, y la ciudad pequeña, lo que se dice pequeña, no era. ¡Quién le mandaba mudarse a la capital del reino! Cómo echaba de menos su pueblito manchego, o hasta Ciudad Real, donde había estudiado. Pero no, Madrid, tenía que ser *Madrid*. Ahora pagaba las consecuencias.

Igual no era del todo correcto decir que el infierno estaba en idealista.com. Más bien eran muchos infiernos pequeñitos, y siempre carísimos. Desde que comenzó su búsqueda había visto cosas inenarrables: zulos sin ventanas; otros con una tan diminuta que uno dudaba de su mera existencia; sextos sin ascensor; pisos para cinco personas con un solo baño; edificios construidos en los años sesenta, pero del siglo dieciocho; habitaciones en las

que si metías una cama ya no cabías tú ni siquiera de canto... Y todo por encima de los seiscientos euros al mes.

Los tres que le quedaban por ver ese día tampoco prometían gran cosa. Dos de ellos no parecían muy distintos a todos los anteriores y, aunque fueran mejores, no podría permitírselos sin tener que pedir dinero a sus padres. Y el tercero...

El tercero era sospechoso. Céntrico, amplio, con unas fotos en las que se exhibía una habitación cuidada y luminosa, y, sobre todo, barato. *Muy* barato. *Extremadamente* barato. Allí había gato encerrado. Lo primero que Iraia había pensado era que se trataba de una tapadera para secuestrar y lobotomizar a incautos como ella. Si acudía, lo mismo no salía. Pero llevaba ya tantos disgustos y el sitio era tan barato que si le arrancaban un trozo de cerebro tampoco se quejaría. Así que apalabró con el casero la que sería la última visita de la tarde.

Como era de esperar, los primeros dos pisos fueron una decepción tras otra: que si podías tocar las dos paredes del cuarto estirando las manos, que si la ventana cerraba mal, que si no hacían contra-

to, que si el compañero tenía una esvástica tatuada y una marcada tendencia a saludar con el brazo en alto... Siempre había algo.

Cuando se detuvo frente al edificio del tercer piso, la desesperación se la comía viva. Llevaba semanas de búsqueda sin éxito, y si era mínimamente aceptable, y más con ese precio, lo cogería sin pensárselo dos veces. ¿Que en efecto era un engaño para vender sus órganos? Pues mira, total, seguro que no los necesitaba todos.

El edificio en cuestión era un inmueble antiguo pero bonito, bien cuidado, cerca de la estación de metro de Argüelles. Echó un ojo desde fuera y arrugó la nariz. La puerta, de hierro y cristal, daba paso a un descansillo con relucientes baldosas blancas, y al fondo se veían una escalera y un ascensor. Hasta parecía que había portería. El piso en sí era un ático con balcón, según el anuncio de la web, y con vistas al intercambiador de Moncloa. ¿Qué trampa había? ¿Por qué era tan barato?

Por si las moscas, le envió a Ana, amiga de toda la vida y cotilla mayor del reino, un *whatsapp* con

su ubicación y a su madre otro diciéndole que la quería. Mejor prevenir que curar. Si por lo que fuera desaparecía, Ana no dejaría piedra por levantar hasta descubrir lo que había pasado.

Llamó al portero automático; la respuesta no se hizo esperar.

—¿Sí? —La voz que contestó sonaba seca y cortante, con un acento que no supo identificar. No parecía muy contento de recibir visitas, pero ella no dejó que le temblara el ánimo.

—Hola, buenas, venía por la habitación —dijo, dispuesta a ver aquel escandalosamente barato paraje de ensueño—. Hemos hablado antes por teléfono. Mi nombre es Iraia Echeverri.

De golpe, su actitud cambió por completo.

—¡Ah, sí! ¡Iraia, por supuesto! Pasa, pasa.

Después de un timbrazo, que sacudió la puerta, cruzó el umbral. No sabía qué cara tendría el casero, pero por su voz se imaginaba a un hombre de mediana edad. A decir verdad, le picaba la curiosidad. Siempre que había hablado con él, había notado un cierto tono melifluo en su voz, un no sé qué, un qué sé yo extraño imposible de describir.

El ascensor se detuvo en la décima planta y, al descorrerse el cerrojo, Iraia se encontró de bruces con el hombre más feo que había tenido la desgracia de cruzarse nunca.

Vestido con una camisa lechosa que había visto días (y lavados) mejores, el individuo se frotaba las manos con fruición mientras sonreía con demasiados dientes. Era bajito pero fornido, con una pelambarrera negra y rizada, que, sin embargo, le raleaba un poco más arriba, donde tenía unas entradas en las que bien cabría un todoterreno. Sus ojos, demasiado pequeños para su complexión de queso de bola, brillaban de forma extraña bajo la única ceja, que le recorría la frente de lado a lado, y su nariz recordaba a la de un cerdito, redondita y aplastada. Para terminar, la guinda del pastel, portaba una barba de pelo negro e hirsuto que parecía arreglada con almidón.

Iraia palideció ligeramente y se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz para ganar tiempo. El poco agraciado caballero, sin embargo, no apartó la vista de ella, le pegó un repaso de arriba abajo y sonrió.

«Ay, ay, ay. A ver si es que la habitación es tan barata porque quiere que le pague en especie... ¿Dónde me estoy metiendo?».

—¡Bienvenida, bienvenida! Iraia, ¿verdad?

—Sí, señor... esto... —Las puertas del ascensor se cerraron con un ping ominoso, dejándola en esa tierra de nadie que era el recibidor. Tragó saliva.

—Pan.

—¿Pan?

—Pan.

—Ah. ¿Como el Bimbo?

—No, hombre, no, como... Bueno, da igual. —El casero suspiró y se encogió de hombros. Algo le decía a Iraia que no era la primera vez que alguien le hacía ese comentario—. Pasa, que te enseñe el piso.

Fue como entrar en un sueño hecho realidad. Era todo lo que el anuncio prometía y más. El balcón iluminaba el amplio salón, que estaba decorado para un reportaje del *Hola*. Tenía sillones de cuero, una televisión ultraplana 4K, una mesa de comedor digna de la última cena... La cocina era fantástica también, recién remodelada al estilo americano. Viniendo de un piso de estudiantes en

el que con dos personas preparando la cena ya parecía aquello el camarote de los hermanos Marx, a Iraia casi se le humedecieron los ojos.

Y el cuarto... Ay, el cuarto. La cama era doble, con un escritorio, una cómoda y un armario, e incluso había sitio para bailar un pasodoble si le apetecía.

—Qué, ¿te gusta?

—Sí, mucho, pero... Esto...

¿Cómo no le iba a gustar, si era perfecto y por menos de la mitad que todos los demás que había visto hasta entonces? Pero era muy sospechoso. ¿Dónde estaba la trampa? Si abría el armario, ¿encontraría los cadáveres de los anteriores inquilinos? ¿Sería su compañero de piso un caníbal y el casero, su proveedor particular?

—¿Sí?

—Disculpe, no pretendo ser maleducada, pero ¿seguro que esta habitación es la que viene en la web por doscientos euros al mes? —Iraia señaló a su alrededor—. Parece demasiado... demasiado bueno para ser verdad, supongo.

El tal Pan se frotó de nuevo las manos como una mosca.

—Esta es, esta es. ¡No hay trampa ni cartón, te lo prometo! Es solo que... hemos tenido problemas para alquilarla antes.

—¿Problemas? ¿Qué clase de problemas?

—¡Nada que ver con la habitación! Más bien que... que nadie suele convencernos lo suficiente. Somos muy exigentes. —Le guiñó un ojo y a Iraia se le pusieron los pelos de punta—. Hay requisitos.

—¿Y son...?

Antes de que el casero tuviera oportunidad de responder, un estrépito metálico estalló en la cocina y la joven pegó tal brinco que casi tocó el techo con la coronilla.

Agachado con la cabeza metida en uno de los armarios y lanzando sartenes al suelo como si fueran ropa usada, había un chico que gruñía a cuatro patas. Claramente buscaba algo, con más bien poco éxito, hasta que se dio por vencido, se puso en pie y miró en derredor. Cada paso que daba era inseguro, tambaleante, y se dirigió hacia la muchacha y el casero haciendo eses. Estaba claro que iba borracho como una cuba.

Pero incluso a pesar de todo el alcohol que debía llevar en vena, Iraia pensó que era el chico más guapo que había visto nunca. Tendría su edad, con un rostro tan perfecto como si estuviera esculpido en mármol. El cabello, rubio y rizado, le caía en cascada sobre los hombros y le daba un aire algo andrógino. Parecía una estatua griega, y el hecho de que llevara una cinta, que le apartaba los mechones sueltos de la frente, no ayudaba. Aun así, lo más impresionante del chaval eran sus ojos. Claros, límpidos, como dos orbes de cristal, que brillaban con un fulgor que Iraia solo había visto en los anuncios de Chanel. Se quedó mirándolo con cara de haba hasta que el recién llegado abrió la boca y la magia se esfumó de un plumazo.

—¿Y esta quién es? —El aliento le apestaba a vino y arrastraba las sílabas, como si las palabras le supieran pastosas. «Ah, míralo», pensó ella, «el gato encerrado».

—Iraia Echeverri. Viene a ver la habitación.

—¿Eres estudiante? —El chico entrecerró los ojos y apretó los labios, analizando muy de cerca a su futura compañera de piso.

—No, me gradué unos meses atrás. —¿Y si buscaban a alguien mayor y serio? ¿O le preguntaban por su inexistente nómina? De golpe a Iraia le entró el pánico por dar una mala primera impresión, y comenzó a parlotear—. No voy a hacer fiestas ni a llevar la típica vida disoluta de universitaria y dentro de nada tendré ingresos fijos, si eso es lo que os preocupa.

—¿Qué estudiaste? —insistió él. Cada vez se encontraba un poco más cerca.

Ella dio un paso atrás. «Ay, Dios, ahora es cuando noto el pañuelito con cloroformo».

—Historia Antigua. Sí, ya lo sé, tiene pocas salidas, pero seguro que puedo...

De una zancada, el chico se plantó frente a ella, la tomó de las manos y la abrazó con una sonrisa como si se le hubieran abierto los cielos. La mancha se quedó petrificada, no solo por el contacto, sino por el punzante olor a vino que emanaba del desconocido.

—¡Es perfecta! ¡Llevo años buscando a una frikaza como tú! ¿Quieres la habitación? Es tuya. Pan, dale el contrato y las llaves. Nos la quedamos.

«¿“Nos la quedamos”? ¿Cómo que “nos la quedamos”?».

—Pero... Esto...

—Perfecto, ¡perfecto! —El casero celebró su decisión y le puso en las manos un manojito de llaves antes de que Iraia pudiera decir «esta boca es mía»—. Hoy mismo te mando el contrato y lo formalizamos todo, pero la habitación es tuya. ¡Como si estuvieras en tu casa!

—Pero...

—¡Bienvenida!

El chico (su nuevo compañero de piso, aunque no es que ella hubiera tenido la oportunidad de opinar) le dio una palmada en la espalda, que casi le saca los pulmones por la boca, y le dedicó una sonrisa radiante.

—Ya verás qué bien nos vamos a llevar.

—Ah, sí... Me llamo Iraia, por cierto —dijo ella. Le ofreció la mano y se sintió tontísima al instante. El casero ya le había dicho su nombre, pero le daba la sensación de que era de mala educación no presentarse como Dios manda si al final vivían juntos. Igual aquella noche se la merendaba y hacía

conservas con sus higadillos. Aun así, su madre la había educado para ser siempre cortés y correcta.

El chico observó su mano durante unos segundos, como si no supiera exactamente qué hacer con ella, y luego se la estrechó con su eterna sonrisa Profident.

—Yo soy Dioniso, ¡encantado!